

Sobre la enseñanza y la lección de filosofía

Célida Godina Herrera*

Queremos ser, ante todo, hombres y mujeres, no especialistas científicos y técnicos... La totalidad de nuestra cultura ha sufrido lo indecible por el predominio unilateral de los especialistas y los simples técnicos. ¿Cómo es posible que su dominio constituya un hado favorable para nuestra educación y formación?

AUGUST MESSER

Este ensayo presenta dos ideas centrales. La primera corresponde a la reflexión sobre la importancia de *enseñar filosofía*, pues esta problemática trae consigo la necesidad de detenerse en conceptos como educación, valor, educar y formar. La segunda toca el de la filosofía en el salón de clase, es decir, la *lección de filosofía*.

LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

Iniciemos el camino con una pregunta: ¿tiene sentido la educación en todas las épocas y en todos los contextos? Aunque sabemos que los valores son relativos, que cambian de acuerdo con la época o las personas, la educación persiste como valor a pesar de que los tiempos que vivimos se caracterizan por la hiperespecialización. La educación, entendida como *el hecho de aprender para ser más humanos*, abre un horizonte de comprensión, donde las palabras “para ser más” invitan a pensar en un devenir del ser humano, puesto que en ese devenir se observa el ánimo de conocer su cuerpo, el lenguaje, la moral, las técnicas, los saberes necesarios para educarse. Verdad es que poco importa qué se aprenda, si lo que aprendemos no está ligado a nuestra experiencia vivida.

La educación también puede entenderse como *conducción*. Y si pensamos en el papel de un verdadero educador, percibimos que éste deberá ser quien conduzca a una vida llena de valor; asimismo, quien advierta que profundizando en los problemas del valor podremos alcanzar alguna claridad sobre ellos.

Según su etimología, educación es saber vivir, y sus sinónimos más significativos son educar, enseñar y formar. Ahora bien, decimos que hay educación espontánea cuando, por ejemplo, una madre *educa* a su hijo y le hace ver la importancia del otro, es decir, desarrolla en el niño la conciencia, al tiempo que lo hace transitar por el lenguaje; sin embargo, la madre sabe que la educación formal o profesional se desarrollará en la escuela, institución que posee programas, instrucciones oficiales, etcétera.

* Profesora-investigadora y coordinadora del Colegio de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, BUAP.

Para comprender estas ideas es importante subrayar que la enseñanza no es espontánea, sino intencional. Cada maestro o maestra debe saber qué enseña, debe tener conciencia del valor de cada cosa que enseña, en otras palabras, debe saber lo que enseña, cómo enseña y por qué enseña.

Los valores de la educación familiar y la enseñanza formal no son iguales, ya que los valores de la familia se dirigen a los sentimientos, tienden a transformar las pulsiones de los infantes, con su sola existencia, en amor y admiración. La tarea más relevante de la familia es formar la personalidad moral y las primeras relaciones con los otros. Por otra parte, los valores que se aprenden en la escuela son lo contrario. No son de tipo sentimental, sino intelectual. No sólo son *saberes*, son la apertura hacia una vida donde impera el conocimiento, donde el espíritu se abre a nuevos horizontes, donde la profundidad intelectual, el espíritu crítico y de justicia permearán de ese momento en adelante la vida de los seres humanos.

Al estudiar las diferencias existentes entre *educar* y *enseñar*, nos percatamos de que su actividad se distingue en que no se dan al mismo tiempo, ni tampoco se confían a una sola persona. Ahora bien, si relacionamos *enseñar* y *formar*, al parecer, caemos en un tema de moda o polémico, pues en su entorno se han creado centros de formación docente, centros de calidad en la educación, departamentos pedagógicos; diplomados, maestrías, doctorados, etc., como panaceas que pretenden encontrar la piedra filosofal para la buena educación humana que nos ayude a descubrir el camino de la perdida humanidad.

La enseñanza dogmática y represiva, por ejemplo, se opone a la formación libre. Lo más significativo de todo esto radica en la necesidad de preguntarse: ¿Qué se entiende por formación? ¿Se puede enseñar cualquier cosa a cualquiera? ¿Podemos formar a cualquiera en cualquier cosa? El primer deber de los educadores es aclarar estas cuestiones, para que en seguida puedan preguntarse qué *tipo de persona* quieren formar. De igual manera, los educadores deberán comprender que sólo formando a los estudiantes en el arte de la admiración, en la pasión por ella, podrán crear las condiciones para que los alumnos aprendan a pensar. En el arte de admirar reside uno de los secretos de la educación.

La formación debe enseñarnos a reflexionar y comprender, no a repetir. Podemos proponer, por ejemplo, que la enseñanza de la filosofía se plantee como disciplina ligada a nuestra vida, que ésta nos apoye en la formación de una concepción del mundo; así también, debemos subrayar que la filosofía es el lugar donde meditamos y analizamos filosóficamente, sin necesidad de memorizar, como tampoco de repetir ideas o memorizar manuales. Cabe mencionar que si queremos que nuestros estudiantes adquieran madurez filosófica, tenemos que enfrentarlos a textos filosóficos originales, esto es, llevarlos al conocimiento de las obras esenciales de la filosofía.

Vemos entonces que educar, enseñar y formar son términos en apariencia sinónimos, que los tres están insertos en una realidad: la familia, la escuela, la universidad, y que esta última tiene como finalidad formar profesionales. Sin embargo, existe un compromiso entre estos tres términos (llamémosle así), y es el de no hablar de educación como una sola y misma cosa.

La cuestión de los valores invita a pensar en los tres temas señalados: educar, enseñar y formar, los cuales tienen en común que con los tres aprendemos. La filosofía al reflexionar sobre el valor de la educación, apunta a los fines de ésta e interroga a las ciencias que la estudian. Asimismo, en la determinación del fin de la educación conviene introducir la referencia a la cultura y a sus valores.

Algunos se podrán preguntar sobre qué derecho tiene la filosofía que a imponer sus fines educadores o quién la autoriza para tal misión. Precisemos: el propósito de la filosofía no es imponer, puesto que los fines de la educación son inherentes a ella misma, y el rol de la filosofía es reflexionar para determinar el valor de esos fines, es decir, su fin es muy puntual. La filosofía interroga la base, el sentido, la relación en que se ha fundamentado la jerarquía de valores y también lo que éstos implican en la sociedad.

LA LECCIÓN DE FILOSOFÍA

No está a discusión el valor de la filosofía, pues ya en el *Protréptico* Aristóteles formula la pregunta de si una orientación filosófica de la vida es necesaria o no para la vida correcta. El filósofo griego demostró la necesidad de filosofar, con la observación de que aun aquel que argumente contra ésta, precisamente por ello, filosofa. Leyendo a Sócrates y a Aristóteles, aprendemos que quien se dedica a la filosofía es apresado por ella, aunque no obtenga ninguna recompensa de la sociedad en que vive.

Esencialmente, la tarea de la filosofía es llegar a la verdad mediante la reflexión filosófica y la búsqueda por la búsqueda misma. Por esta causa, la comprensión filosófica es fruto del esfuerzo propio y es la filosofía quien nos capacita para ello. Sin embargo, hoy en día todos aquellos que dedicamos nuestra vida a enseñarla nos preguntamos cómo podemos hacerlo si tenemos ante nosotros múltiples *técnicas* educativas que pretenden ser la panacea de los problemas de la educación. También meditamos sobre cómo debemos caracterizar la tecnificación y cómo podemos demostrar a todos los amantes de las técnicas que éstas no resuelven todos los problemas, ya que el fracaso escolar nos sigue causando preocupación. (Véase, por ejemplo, el índice de reprobados en matemáticas; la falta de interés por el español; el desamor por la filosofía.) De esta manera, nos preguntamos cómo mostrar que la exigencia de un control total de resultados es imposible, ya que *no se puede prever y controlar cada acción*, pues lo que se escapa de nuestro control es ilimitado, ya que la libertad es incontrolable.

Podemos pensar que la tecnificación elimina todo valor, puesto que como objetivos supremos la eficacia y el control. Observamos que sus objetivos son amplios, por eso resulta indispensable plantear seriamente la cuestión de los fines, ya que *los fines no son menos importantes* que la eficacia y el control.

Por ello hay que meditar sobre un remedio que nos cure y nos permita ver que nosotros, los profesores, también somos fines. La tecnificación puede engendrar dogmatismo y conformismo; pensemos, pues que se pueden utilizar técnicas pero no únicamente *ser técnica*. Lo importante es, entonces, tener una educación que sea llevada libremente, que enseñe y no adoctrine. Enseñar a los alumnos para que desarrollen una actitud civilizada ante los problemas que aquejan al mundo en su totalidad; enseñar a practicar la democracia; enseñar que la comprensión de un problema exige pensar con claridad y rigor. Plantear el problema de cómo acercarnos a la filosofía, si podemos hacerlo con el mismo temple que dominaba a los antiguos, o bien, decidir si la filosofía en los salones de clase no es más que dar vuelta a ideas de filósofos del pasado o a ideas de moda.

Partamos de la idea kantiana de que no se puede enseñar filosofía en el sentido cognoscitivo de la palabra *enseñar*, sino que únicamente podemos transmitir la práctica de la filosofía, es decir, filosofar. La actividad del filosofar se caracteriza por su carácter eminentemente crítico, por emplear métodos racio-

nales y creatividad. Aprender a filosofar es aprender a realizar la actividad que es propia del filósofo, exige internalizar los mecanismos discursivos e intelectuales utilizados por los grandes filósofos. En este sentido, aprender a filosofar es aprender un arte, pero no sólo eso, sino que abarca también el aprendizaje de técnicas adecuadas de análisis y de sistematización, y el acercamiento a la historia de la filosofía. Fue Martin Heidegger quien señaló en su *Introducción a la filosofía* que la tarea de la filosofía está en su enseñanza, que con la filosofía el ser humano despeja su camino mientras desarrolla una viva actividad del pensamiento, y reflexiona sobre el mismo pensamiento.

La *lección de filosofía* debe concebirse como un acto filosófico caracterizado por tener seriedad; por el diálogo que se establece con los grandes pensadores a través del texto filosófico; por la *disponibilidad* de espíritu del uno y del otro (no creo en que exista una *técnica* para presionar a alguien para que reflexione, sino que debe existir una disposición para ello); por la necesidad de ahondar en los problemas filosóficos; por el respeto a la autoridad en la tradición (Platón, Kant, etc.) que nos permita entender los textos y nos permita llegar a ser filósofos.

La *lección de filosofía* no debe convertirse en un conjunto de opiniones. Más bien debe encaminar al cuestionamiento, al descubrimiento de una pregunta que el alumno ha sacado de sí mismo, y aunque la gran mayoría de las preguntas se refieren a un “a qué”, éste es otro hombre, es decir un “quién”, en otras palabras, pregunto a otro, me pregunto sobre algo. Esto último nos lleva a pensar que cuando interrogamos, al mismo tiempo convivimos, coexistimos. Pero no necesariamente la pregunta va dirigida a alguien, a un “quién”. Hay preguntas que el hombre formula en la más completa soledad. Por ejemplo, imagine-mos al poeta y al filósofo ante la hoja de papel en que su creación va a tomar forma; al pintor ante su lienzo intacto; al hombre de ciencia en su laboratorio. Todos ellos pugnan por dar cumplimiento a su proyecto. Las dudas, el esfuerzo, son en esencia una interrogación solitaria que los ha llevado a preguntarse no a sí mismos sino a la realidad, acerca de que “son ellos y en qué ellos son; preguntan a ‘lo otro’, y en ‘lo otro’, ¿no están acaso implicados ‘el modo’ y el ‘otro’, con un género de implicación —‘yo y el mundo’, ‘yo y el otro’— distinto en cada caso?” (Laín, 1978: 116-117). En suma, toda interrogación tiene un “a qué”, pero ese “a qué” muestra ser un “a quién” cuando se examina detenidamente. La pregunta pone ante el hombre que interroga la perspectiva de la finitud, la soledad, la nada; abre su ser de manera más originaria y radical a la realidad, al ser, a la infinitud, a la existencia en comunidad.

Los profesores de filosofía tendrán el deber de mostrar al alumno que la pregunta filosófica es aquella que surge del asombro y la admiración; es la que impele al filósofo a conocer, y que la búsqueda del saber es por el saber mismo, no por la simple satisfacción de necesidades comunes. De este modo, se debe despertar la interrogación filosófica sobre el conocimiento que tenemos del mundo poniendo en duda las “certezas” con las que vivimos, cuestionando las “evidencias” del sentido común. Interrogar filosóficamente también es dudar radicalmente y realizar un examen crítico de esas “certezas”, pues la duda permite guardar independencia en todas las circunstancias y nos aleja de dogmatismos y de hábitos. Ella no nos permite perdernos en el mundo, en trivialidades sin sentido, y nos lleva a ser *señores de nuestros pensamientos*, como diría Jaspers. En resumen, la enseñanza de la filosofía no es únicamente “enseñar” a documentarse, o poseer un saber enciclopédico, incluso dogmático de la historia de la filosofía, sino “mostrar el hilo que conduce desde los problemas

vitales a las cuestiones últimas de la filosofía. Si nos limitamos a contar lo que escribió, pensó, y cómo vivió cada autor, nos quedamos siendo espectadores de la filosofía, cuando lo que importa es que seamos actores de la filosofía” (Santander, 1995: 7). De esta manera, un deber más del profesor de filosofía será el de manifestar que para comprender es necesario hacer de ésta nuestra forma de vida, que existe el deber de problematizar, reflexionar, cuestionar y mantener el diálogo con los grandes pensadores a través de los textos filosóficos, los cuales se abrirán a nosotros si los examinamos filosóficamente.

Igualmente, el profesor de filosofía deberá subrayar en la clase el valor de la filosofía en una sociedad en donde lo que impera es la destrucción progresiva del lenguaje; la cultura periodística de una sociedad que vive en la tecnocracia y que invita constantemente a la filosofía a la disolución; la retórica audiovisual, consumidora de palabras pasajeras, novedosas; la seducción de un vano poder sobre lo efímero. También será importante que el profesor de filosofía aproveche su propia insatisfacción —que ha despertado por la intensidad de su vida espiritual, mismo que lo convierte en un legítimo educador— y la de los estudiantes, ya que es la filosofía incita a la búsqueda, al cuestionamiento, a la comprensión, a la crítica. *¿Qué otro lugar que una sala de cursos para iniciar a un pensamiento racional y libre?*

Finalmente, al hablar de crisis en la enseñanza de la filosofía no nos referimos sólo a ella, sino a las condiciones que se imponen para su enseñanza, a la falta de tiempo necesario para su investigación, a las preciosas horas se pierden en trámites burocráticos sin fin (nos volvemos más funcionarios y menos seres humanos), a las actividades extraacadémicas, etc. Todo nuestro esfuerzo ha sido para que pensemos también en el papel de la universidad en la enseñanza de la filosofía y en la importancia de la clase de filosofía; en que deben revisarse cuáles son los fines de la *universidad* (no universidad = empresa) y cómo debe cumplir con su función hermenéutica, la cual se caracteriza por interpretar y reinterpretar el sentido de la historia, los ideales y los valores de nuestra sociedad. Valores que no tienen que ver con la búsqueda de meros recursos pragmáticos ni de un sistema de convivencia basado en la intriga, pues el fin de la universidad debe ser un fin humano, formar universitarios humanistas, entendiendo por humanista al “hombre independiente o suficiente que sabe regirse a sí mismo”, que mediante el acto de filosofar constata la esencia del humanismo.

Por último, si bien es difícil, es necesario hacer comprender que el progreso en filosofía no es lo novedoso, sino la comprensión de las ideas. Las ideas filosóficas sólo pueden recibirse de sus mismos autores, y por eso, el que tenga interés o amor por la filosofía, debe buscar a los clásicos en sus obras mismas, pues filósofo es aquel que piensa con sentido y por eso podemos entenderlo. Seamos claros en nuestros cursos, pues como diría José Ortega y Gasset, “la claridad es la cortesía del filósofo”.

B I B L I O G R A F Í A

- Curtis, Bernard y Wolf Mays. (1984): *Fenomenología y educación*. México: FCE.
 Ferraris, Mauricio. (2001) *La hermenéutica*. México: Taurus.
 Laín Entralgo, Pedro. (1978). *Antropología de la esperanza*. Madrid: Guadarrama.
 Santander, Jesús Rodolfo. (1995) *Dos escritos sobre Filosofía Primera*. Cuadernos de trabajo del ICSYH. Número 18. México: BUAP.